

...en novedad de espíritu.

El Niño que buscaba a Ayer

Era una mañana de agosto. Cristóbal se despertó muy temprano. El alba estaba recién nacida, y miraba al mundo con asombro.

Qué día más feliz fue ayer para mí, pensó Cristóbal mientras se estiraba entre sus sábanas blancas. Cuántas cosas ví en el circo!!! Trapecistas vestidos de colores, bailarinas, payasos, caballos saltarines, una pantera tan ágil como el viento, tropeles de elefantes y perros que hacían pruebas.

Ahora cuando me levante, ya el circo se habrá ido! Cómo quisiera que hoy fuera ayer otra vez!

Se le iluminó la cara con una sonrisa.

"Tal vez", pensó, "pueda encontrar a ayer y así volveré a ver el circo otra vez. Todavía es temprano y ayer no debe andar muy lejos. El río lo vio pasar! El puede ver tantas cosas, es tan largo!"

Se vistió de prisa, y llenándose de manzanas los bolsillos se fue corriendo hacia el río.

II

Era un río oloroso y joven. Un río elástico que saltaba entre las piedras y jugaba con los niños.

Llevaba entre sus aguas peces y plantas raras. Le gustaba reflejar el cielo, sobre todo cuando el cielo estaba lleno de nubes blancas henchidas de júbilo... de nubes que parecían islas.

Venía desde muy lejos... Desde un lago rodeado de montañas. Atravesaba valles y colinas. Recogía en el bosque a otros ríos y juntos todos se perdían en el mar.

Cristóbal llegó hasta él. Has visto pasar a ayer? le preguntó.

Sí, dijo el río. Hace unas horas pasó. Llevaba con él un ballet de pétalos de rosa.

Qué lindo día fue ayer para mí, Cristóbal, siguió diciendo el río. Me detuve un largo rato en el bosque a escuchar un diálogo de abejas. Eran abejas de oro. Cuando se dieron cuenta de que yo las escuchaba hubo un zumbido de alas y se alejaron todas.

Después de pasar el bosque, una barca blanca anduvo entre mis aguas. Era la barca más bella que hasta ahora he visto. Parecía el sueño de un arcángel.

Qué lindo día fue ayer!, suspiró el río. Ojalá hoy traiga tan bellas sorpresas.

Por dónde se fue ayer?, preguntó Cristóbal. Yo lo quiero encontrar. Con un ademán húmedo, el río señaló hacia el oeste.

III

Caminando hacia el oeste llegó Cristóbal hasta una llanura donde se levantaba un cedro,

Era un cedro alto, de tronco grueso y ramas horizontales.

Cristóbal se acercó a él, a descansar bajo su sombra. Después de un rato le preguntó si había visto pasar a ayer.

El árbol se quedó un momento pensativo. Luego sacudió todas sus hojas como revolviendo pensamientos y dijo: "No me acuerdo de haberlo visto. Andas tú en su busca?" Sí, replicó Cristóbal, lo quiero encontrar.

El cedro estiró sus ramas y en un tono pausado siguió hablando. Tal vez lo encuentres en el bosque, dijo. Me parece oír su eco, no debe de andar muy lejos. Por qué quieres encontrar a ayer? Mira qué hermoso día hace hoy. El sol va subiéndolo a prisa hacia el cenit, y la brisa, llena de una frescura tenue, empieza a desplegar sus alas.

Quizá hoy nos traiga un mensaje alegre desde sus tierras altas. (Las hojas del cedro danzaron a coro, y Cristóbal las sintió, sacudido por un escalofrío de gozo.)

Quiso quedarse, pero después pensó que había salido a buscar a ayer y lo tenía que encontrar.

Se despidió del cedro, y siguió corriendo en dirección del bosque.

Algunas mariposas de alas brillantes que descansaban a la orilla del camino, volvieron la cabeza para verlo pasar.

IV

De pronto se detuvo Cristóbal.

"Habrá pasado ayer por este mismo camino?", se dijo.

El camino era ancho y serpentado como un río. Estaba cubierto de polvo asoleado y silenciosamente se alargaba hasta llegar al bosque.

Cristóbal le preguntó si había visto a ayer, y respondió el camino con una voz casi imperceptible:

"Todos los ayeres pasan por aquí".

"Quiero encontrar a ayer", dijo Cristóbal, anhelante. "Crees tú que está en el bosque?"

"No podría decirte", replicó el camino dando un lánguido bostezo. "Si corres mucho podrás alcanzarlo".

"Por qué quieres encontrar a ayer cuando hoy trae regalos frescos para tí? Todos los ayeres pasan con la misma expresión de fatiga en sus rostros; en cambio Hoy es hermoso y cargado de ilusiones claras. Qué pena me da cuando vuelve a pasar ya hecho ayer!"

Cristóbal se quedó pensativo.

"Ayer fue un día hermoso", se dijo, como queriendo renovar su esperanza.

Corrió con fuerza. Se detuvo un momento recordando las palabras del camino, y siguió adelante, hacia el bosque.

V

Era ya medio día cuando llegó. El sol estaba en el cenit y un vaho ardoroso se desprendía de la tierra. Los árboles parecían sumidos en un sopor profundo.

Una quietud inmensa reinaba en todo el bosque.

Cristóbal se quedó mirando, como queriendo orientarse.

Jadeante de cansancio se recostó en los brazos abiertos de la hierba, que lo recibió amorosa. Así estuvo un largo rato.

Sacó de sus bolsillos las manzanas que había llevado consigo y se puso a comerlas ávidamente.

Un arroyuelo que pasaba cerca lo invitó, cantando, a que fuera a beber de sus aguas.

Cristóbal corrió hacia él, y en el hueco de sus manos bebió hasta apagar la sed.

VI

Sobre la rama de un árbol vio Cristóbal un pájaro de alas rojas.

"Este pájaro ha visto ayer", pensó. "Se ve lleno de fatiga. Debe de haber cruzado el bosque".

Incorporándose de un salto se acercó hasta él.

"Has visto a ayer en el bosque?", preguntó. "Ando en su busca".

El pájaro empezó a cantar.

Cantó de selvas extrañas, de colinas moradas y de cielos con niebla.

Cristóbal lo escuchó maravillado, y antes de que pudiera hablar, el pájaro dijo:

"Dejé muy lejos a ayer. . . En una ciudad de torres blancas".

Y en la ronda del viento se alejó. . .

Cristóbal se quedó sorprendido, sin moverse.

Un escándalo de abejas lo vino a sacar de su estupor.

VII

Sin saber por qué, quizá recordando las palabras del río, se acercó a ellas, preguntándoles si habían visto a ayer.

Las abejas trabajaban con afán.

Al principio parecieron no haberse dado cuenta de la pregunta de Cristóbal, pero después de un momento una de ellas respondió:

"Nunca hemos visto ayer ni mañanas. Para nosotras sólo existe el presente."

"Cómo es eso?", preguntó Cristóbal. "Todo el mundo ha visto ayer y mañanas."

"Para nosotras no hay diferencia", prosiguió la abeja. "Nuestro trabajo es siempre el mismo."

"Qué extraño!", pensó Cristóbal. "Qué sencilla su vida!". Y se quedó viendo fascinado cómo cada abeja construía su celda con cera olorosa y dejaba en ella la miel rubia de las flores.

Súbitamente un relámpago, como una espada luminosa, abrió el aire en dos.

Cristóbal sintió miedo.

Una inmensa nube gris levantaba en el cielo su cabeza.

VIII

Cristóbal fué a refugiarse debajo del árbol más sombrío que encontró cerca.

Era un amate de ramas extendidas que invitaba a descansar.

El viento se alborotó. Hacía danzar con furia a las hojas de los árboles que se tapaban los ojos para no verlo.

Empezaron a caer gotas gruesas,

Poco después, grandes chorros de agua se desprendían de las nubes y refrescaban los labios secos y abiertos de la tierra.
Qué bella es la lluvia, dijo en voz alta Cristóbal.
Cómo corre por el bosque!
Dan ganas de seguirla y jugar con ella.
Llovió por largo rato. . . Ya parecía que nunca iba a acabar de llover.
Cristóbal reía al sentir cómo el agua le resbalaba por la espalda.

IX

Cuando dejó de llover, todo el bosque se veía brillante. Cristóbal sintió como si una ola de gozo le apretase la garganta. Casi no podía soportar tanta belleza.

Los pájaros y las flores, todos cantaban a coro.

La hierba tenía un olor nuevo, un olor a frescura, que daban ganas de saborear.

De pronto vio Cristóbal un rosal que no había visto antes.

Sólo tenía una rosa. Era una rosa roja.

"De seguro", pensó, "nació hace un momento. Me acercaré a preguntarle".

"Has visto a ayer en el bosque?", dijo.

La rosa no contestó.

Cristóbal volvió a repetir su pregunta.

"No conozco a ayer", dijo la rosa. "Las manos del agua me acaban de abrir."

Cristóbal se quedó maravillado. Bajo un toldo de asombro la miraba.

Le parecía que nunca había visto una rosa. Buscando a ayer se le habían abierto más los ojos.

X

Se fué corriendo por el bosque.

De vez en cuando se detenía, y respiraba hondo, como queriendo tragarse de un sorbo el paisaje.

El cielo lo miraba complacido y le salía al encuentro en los charcos que había dejado la lluvia.

Al cruzar un arroyo, vio Cristóbal una tortuga cubierta de musgo que caminaba lentamente, llena de una calma de siglos.

Cristóbal se quedó mirándola y pensó: Cuánto debe saber esta tortuga. Es tan vieja que está cubierta de musgo.

Ella me podrá decir dónde está ayer.

Se acercó despacito, ceñido de respeto.

La tortuga al verlo escondió la cabeza.

No tengas miedo dijo Cristóbal. He venido a preguntarte si has visto a ayer. Ando en su busca.

Al oír esto la tortuga, volvió a sacar tímidamente su cabeza y dijo: "Olvídate de ayer y acepta la belleza de hoy."

Cristóbal miró a su alrededor. Las melenas de los árboles parecían peinadas y los pies del viento se adivinaban huyendo entre la hierba.

Quiero encontrar a ayer volvió a decir Cristóbal.

Por qué, dijo la tortuga con una voz cargada de distancia, por qué ese afán de encontrar a ayer cuando hoy es más hermoso?

El arco iris brillaba sobre el cielo con éxtasis de ofrenda, y un silencio luminoso parecía envolver el bosque.

Sin decir más, Cristóbal siguió corriendo.

Ya no sabía si quería encontrar a ayer o apresar a hoy entre sus brazos.

Una extraña inquietud le roía el corazón.

XI

Cómo he buscado a ayer, se decía Cristóbal, mientras se detenía un instante a descansar, y todavía sin encontrarlo!

Quién podrá decir dónde está escondido?

Tal vez esta mosca dijo en tono de burla, fijando la mirada en una mosca que estaba prendida en el tronco limpio de un árbol.

Se acercó a ella. Tenía interés en saber qué diría.

Has visto a ayer?, preguntó.

Al oír la voz clara y desnuda de Cristóbal, la mosca batió sus alas, y mirándolo desde las mil facetas de sus ojos dijo: "Yo soy la mosca que sólo vive un día. . . Hace unas horas nací y ya estoy al final de mi vida. Dime tú cómo es ayer."

Cristóbal se quedó admirado.

Nunca se le había ocurrido que existiera alguien en el mundo que sólo viviera un día. Toda una vida en un día!, y su sorpresa crecía y rebalsaba.

Cómo es ayer?, siguió diciendo la mosca.

Es bello dijo Cristóbal. Lleno de colores y tropes de elefantes. . .

Pero hoy, hoy es más bello aún.

La mosca batió otra vez sus alas en señal de alegría y dijo que antes de morir quería andar más por el bosque, y ver desde sus mil facetas toda la hermosura que le ofrecía hoy.

XII

Se hacía tarde, y Cristóbal no quería que lo sorprendiera la noche en el bosque.

Regresó despacio. . . Volvió a ver a la tortuga y a la rosa roja. Las abejas ya se habían retirado.

Al llegar a la orilla del bosque, las sombras se alargaban en el aire.

Cristóbal se recostó sobre la hierba húmeda.

Un incendio de luciérnagas iluminaba el camino.

Una de ellas se acercó a Cristóbal. Revoloteaba alrededor de él y le alumbraba la cara.

Cristóbal la miraba fascinado, y se atrevió a cogerla entre sus manos.

"Qué hacías en el bosque?", habló por fin la luciérnaga apagando y encendiendo su luz verde.

Andaba en busca de ayer, pero no pude encontrarlo, dijo Cristóbal.

Quizá se halle escondido por aquí, prosiguió la luciérnaga. Si tú quieres te ayudaré a buscarlo. Seré una lámpara en tus manos.

Los dos juntos se pusieron a buscar a ayer por las orillas del bosque.

Los árboles cabeceaban de sueño y las aves dormían.

Es inútil seguir buscando a ayer, dijo Cristóbal. Además, ya no sé si quiero encontrarlo.

El cielo empezó a poblarse de estrellas.
Mira, dijo la luciérnaga, el cielo tiene sus ojos abiertos.
El te podrá decir dónde está escondido ayer.

XIII

Levantando la mirada hacia el cielo, Cristóbal sintió que se le iluminaba de lágrimas la cara.

Le parecía escuchar un canto inefable.

"De dónde viene esto?", decíase. "El viento está quieto y no hay cerca ni pájaros ni ríos."

Una voz encendida se le abrió por dentro y dijo:

"Es el canto de Hoy que ya se va"...

"Salí en busca de ayer y encontré a Hoy que es mucho más hermoso", pensó. "No quisiera dejarlo escapar."

Entonces la voz encendida, que se le abrió por dentro, habló otra vez.

"Corre y alcánzalo", dijo, "que ya se va".

Corrió y corrió Cristóbal.

"Corre más", gritó la voz, "no lo dejes escapar".

Cristóbal siguió corriendo. Parecía un temblor de sueño bajo las estrellas blancas.

"Corre", gritaba la voz cada vez más fuerte. "Corre que se te escapa Hoy".

Cristóbal sintió miedo. Lo vencía el cansancio... y seguía corriendo.

La noche lo miraba sin parpadear.

"Corre", gritaba la voz, "que ya lo alcanzas".

Una dulzura infinita envolvió a Cristóbal...

Cuando vino el alba lo encontró dormido, apresando a Hoy entre sus brazos.

Claribel ALEGRIA.

